

EL DÉCIMO CÍRCULO

Autor: José Antonio Domínguez garrido

Registro: 201499901955756

Expediente: Se-1218-14

A mitad del viaje de nuestra vida
me encontré en una selva oscura
por haberme apartado del camino recto

(La Divina Comedia)

NOTA PRELIMINAR DEL AUTOR

Ante todo, amable lector, gracias por comenzar a leer estas palabras. Me gustaría que tratara de manera indulgente esta novela y, sobre todo, encontrara algo de distracción en ella.

Si me lo permite, quisiera hacer tres advertencias sobre este escrito.

La primera es que no he pretendido escribir la obra maestra de la literatura castellana; mi única ambición ha sido entretener y lograr causar alguna impresión positiva en usted o, al menos, un sentimiento de agitación y desasosiego, si es amante del género fantástico.

Tampoco finjo ser un doctor en teología. A lo largo de las páginas se trataran temas que pueden ser dogma de fe y, evidentemente, los he cambiado a mi albedrío. Hechos como la reciente desaparición del Limbo, lugar que durante siglos ha estado presente en la doctrina de la Iglesia Católica, o la permuta de actividad del Infierno, de lugar de tortura eterna a mera angustia por la ausencia de Dios, no van a hacerme cambiar el argumento de la aventura que tiene entre sus manos. Después de todo, quién sabe si dentro de un par de siglos no vuelven a cambiar la doctrina, esta vez a mi favor.

Y por último, no es una lectura aconsejada para personas sensibles. Si pertenece usted a dicho sector de la población, le rogaría que trasladara este ebook a la papelera de su escritorio y lo hiciera desaparecer. El contexto de la acción se haya imbuido por el mal absoluto, y éste no es compatible con una lectura ausente de la oscuridad del pecado.

Dichas quedan las advertencias; la responsabilidad de seguir adelante es suya.

Prólogo

Larry se recostó sobre la cerca y gruñó sordamente. Las risas que salían del interior de la casa herían sus oídos y su rostro se fue tornando lívido, a la par que adoptaba un gesto contrariado. En el silencio de la noche, las carcajadas retumbaban en el aire. Sólo suspiró aliviado cuando vio a aquel hombre, alto y enjuto, acercándose a él a través del camino que cruzaba el pueblo.

-Se están riendo de ti, Larry –le dijo el extraño, cuando se situó a su lado. Se había presentado la tarde anterior, mientras daba distraídos brochazos de pintura a la carcomida madera que rodeaba el jardín. Habían entablado una charla banal, que pronto había derivado hacia sus problemas familiares-. Tu mujer y tus cuñados se burlan de tu trabajo, de tus esfuerzos. ¡Y pensar que estuviste todo el domingo pintando la cerca! Todo por darle el gusto a tu mujer, que pensaba que otro color le iría mejor. ¡Y mira! Ahora te dicen que el sábado vendrán tus sobrinos a ayudarte a darle otra capa, porque no les gusta el acabado.

-¿Y qué puedo hacer? –adujo resignado-. Siempre es así, ella es la que tiene un buen trabajo en la biblioteca, yo sólo hago alguna chapuza de vez en cuando.

-Admítelo; te tiene jodido, acobardado. No posees iniciativa porque te la han quitado, como se le roba a un niño un caramelo. ¿Eso eres, un puto bebé?

-¡No, claro que no! –Había subido el tono de su voz-. Ya hablamos de esto ayer. Es cierto que no me apoya lo suficiente pero...

-Pero ahí está tu mujer, riéndose de ti con su hermana. Y tu cuñado mueve la cabeza y se retuerce histérico en su silla. Estoy seguro que se tira a tu mujer, Larry

-¡No! Ya te lo he dicho muchas veces. Aquella vez que llegué a casa sin avisar él estaba sin camiseta porque estaba arreglando el triturador de basuras.

-¡Y una mierda! ¿Crees que no oyeron tu coche? ¿Crees que no saltaron del sofá donde estaban jodiendo y corrieron hacia la cocina, disimulando? ¿No recuerdas lo arrugado que tenía el vestido? Y la zorra de su hermana hace como que no sabe nada, pero seguro que está enterada.

-¡Joder, joder! –era lo único capaz de farfullar.

-¿Sabes lo que yo haría? Porque de mí no se ríe nadie...tomaría la escopeta de caza y le pegaría un tiro a los dos, a tu cuñado y a tu mujer. Y después me follaría a esa zorrilla. Seguro que lo estás deseando, ¿Eh, Larry? Y tras correrme dentro de ese chochito depilado que tiene –porque presume de ello, ¿Nunca la has oído?-, le reventaría los sesos.

-No, no, no –se negaba, mientras mesaba sus cabellos.

-¡Maricón, mírame! –El extraño lo tomó con ambas manos del cuello de la camisa. Sus pupilas negras eran enormes y se dilataron aún más, hasta cubrir casi todo el globo ocular-. Entra ahí y hazte respetar, gilipollas. Mierda, llevamos días hablando de esto. Da un puto golpe de autoridad por una vez en tu vida.

Los ojos de Larry se tornaron vidriosos. De alguna manera habían perdido toda voluntad.

-Sí –murmuró-, por una vez se van a enterar de quién soy –y se dirigió hacia la casa con andar cansino, automático.

El extraño encendió un cigarrillo y la cerilla iluminó un rostro enfático, atemporal. A pesar del medio siglo que aparentaba, ni una sola arruga marcaba su piel.

Cuando retumbó el primer disparo, se alejó de allí con paso animado. Incluso, al doblar la esquina, ensayó un paso de claqué.

I

Había anochecido cuando el autobús le dejó a una manzana de su casa. Malhumorado, con los ojos cansados, anduvo los doscientos metros que le separaban de ésta maldiciendo sus pies doloridos. Llevaba así varios meses, tardando casi tres horas de su hogar al trabajo y viceversa, desde que su auto quedó inservible. Y lo peor es que éste se encontraba arrumbado en un rincón del garaje del concesionario, ya que no disponía del dinero para arreglarlo.

Entró en su hogar, una destartada casa de madera a la que le hacía falta una buena reforma (pero no había dinero, ¿ya lo hemos dicho, verdad?) y arrojó el maletín sobre el sofá. Abrió el gas y se fue quitando la ropa hasta llegar a la ducha. El agua caliente pareció reconfortarlo un tanto, y estaba disfrutando aquél momento (el único bueno del día) cuando sonó el timbre de la puerta.

Lo ignoró y siguió enjabonándose, pensando que sería alguno de sus vecinos pidiendo dinero para metadona (nunca se los daba, pero ellos volvían una y otra vez, como un ritual), pero el “ding dong” volvió a repetirse con insistencia, como una banda sonora de pesadilla ideal para la “maravillosa vida” que disfrutaba. Intentado mantener la calma, se secó rápidamente con la toalla y se dispuso a abrir la puerta, antes de que aquél intruso decidiera derribarla a golpes.

Ante él se encontró un tipo de unos cincuenta años, pelo canoso perfectamente cortado, elegante traje, inmaculada camisa y corbata impoluta y clásica, portando un attache con cierre dorado. En ese momento se sintió como un memo, y su rostro se sonrojó, intentando envolver con la toalla la parte más extensa posible de su cuerpo.

-¡Oh, disculpe! No esperaba a nadie.

-No, por favor, perdone usted mi impaciencia. Llevo toda la tarde aguardándole, y me había sentado en aquél banco de allí, cuando le vi entrar. No supuse que necesitaba refrescarse con tanta urgencia.

-Bueno, no se preocupe, pero le comento que no compro nada, siento que haya estado esperando... Y si es del banco, creo que no voy tan retrasado con las deudas...

-No, no, por favor, no quiero venderle nada, más bien al contrario. Porque es usted Darrell Kirtley, ¿verdad?

-Oh, bien –dudó unos segundos. Cuando desechó la idea de que fueran a embargarle los muebles o presentarle una citación para el juzgado, asintió-, sí, soy yo. ¿Quiere pasar mientras me visto, por favor? –y se apartó educadamente a un lado

-Será un placer –entró y le echó un vistazo rápido al salón. Si parecía disgustado por lo parco del mobiliario y lo deslustrado de los muebles, lo disimuló con una amplia sonrisa-. ¿Puedo sentarme?

-Sí, claro, ese sofá es cómodo, deme un minuto.

Se puso unos jeans y una camisa arrugada y volvió en menos tiempo del que había pedido. Aquél tipo estaba allí sentado, sonriéndole.

-Dígame que es lo que desea, señor...

-Bones, sólo Bones, no me gusta utilizar mi nombre de pila.

-Bien, señor Bones, dígame qué le ha traído en mi busca.

-Ofrecerle un trabajo, señor Kirthley. Un buen trabajo con unas condiciones excepcionales.

Aquello le sonó demasiado bien. Estaba cansado de su puesto actual, en una posición sin futuro ni ascenso posible, y con un sueldo mísero.

-¿En este momento está trabajando, verdad?

-Sí, me ocupo desde un despacho de una larga lista de clientes, vendiéndoles por teléfono los consumibles de nuestras impresoras, y coordinando el departamento técnico –entrecruzó las manos mientras movía nerviosamente los dedos-. Muchas horas y poco dinero, sinceramente.

Su invitado abrió el attache con decisión, buscó unos segundos en su interior, y sacó un fajo de billetes de mil.

-He observado su forma de vender, los argumentos que utiliza, lo sugerente de su entonación a la hora de convencer. En suma, le quiero en mi departamento al precio que sea; aquí hay cien mil dólares como prima si acepta nuestra oferta. Son suyos en este instante si decide firmar con nosotros.

Los ojos de Darrell centellearon, y un corto mareo le sobrevino, haciéndole tambalear. Se sentó aturdido. Para alguien acostumbrado a las carencias y la falta de oportunidades, aquel era un tren que no podía dejar pasar. Tenía que asegurar ese puesto, al menos el tiempo suficiente para tener ese dinero en su poder. Su mente elucubraba con las posibilidades de esa suma, y era una sensación que le llevaba al borde del vértigo.

-¿Dónde tengo que firmar?

Un contrato fue puesto ante él. Tomó la pluma que le tendió Bones (dorada y pesada. Juraría que era de oro macizo; no chapado, puro) y firmó donde le indicó.

-¿Cuándo comienzo? –dijo echándose en el respaldo de su asiento, respirando por primera vez en el espacio de un minuto y contando los dólares de forma discreta.

-Todo viene indicado en el contrato, señor Kirthley; le hubiera venido bien leerlo, al menos por encima. Aquí tiene una copia resumida.

Tomó las hojas entre sus manos y sus ojos se pasearon por el texto.

-No comprendo, según esto me incorporo a su departamento de ventas, pero todo tiene un sentido confuso...por favor, tendría que dar un preaviso en mi trabajo. ¿Cuándo comenzaría?

-Oh, debería deducirlo por este párrafo –se lo indicó con un dedo sobre el papel. Ahora vio sus uñas, agrietadas y negras-. Concretamente, si no lo ha adivinado, cuando haya fallecido, señor Kirthley.

II

Por muy inverosímil que sonara, supo que era verdad lo que su patrón le decía. Intentó leer aquél párrafo, pero las letras bailaban ante él, como si intentara descifrar un libro de metafísica a las tres de la madrugada, después de haber tomado una botella de bourbon de un solo trago.

-¿Por qué yo? –atinó a decir-. ¿Por qué me ha elegido? ¿Cree realmente que puedo aportar algo a su departamento, sea lo que sea a lo que se dedique?

-No sea tan ególatra. Siempre buscamos nuevas promesas a lo largo del globo; usted es sólo uno entre muchos. Pero si le digo la verdad (ahora que ya ha firmado puedo serle sincero), jamás nos hubiésemos fijado en usted de no ser por su...accidente. Se ha hablado en todo el país del pobre Stevie, como sin duda sabrá. Es usted el malvado oficial de América.

Darrel cerró los ojos, cansado de que aquél asunto saliera todos los días a relucir, siempre de manera negativa, tachándolo de indeseable y cruel.

Tres meses antes, durante el mediodía de un sábado, conducía camino a casa. Un niño –se llamaba Stevie, lo supo después- irrumpió en la calzada jugando con su perro. Dio un volantazo intentando esquivarlo, pero no lo consiguió del todo, ya que el parachoques trasero lo golpeó. Y el coche, descontrolado, acabó empotrado contra un árbol, destrozado y con el motor partido en dos.

Se bajó del vehículo con la nariz sangrando por el golpe con el airbag, y vio al niño sobre el asfalto, inconsciente, mientras el perro aullaba lastimero. Llamó desde su móvil a urgencias, que al llegar comprobaron que probablemente Stevie tuviese una lesión medular, y lo subieron en una camilla con todas las precauciones debidas. Cuando se fueron, con la sirena ululante, se percató que ni siquiera se habían molestado en examinarle.

El auto había quedado inservible y el seguro no se hacía cargo de la reparación. Con la cuenta en números rojos, aquello significaba un obstáculo más en su carrera diaria por sobrevivir. Se puso en contacto con un abogado y demandó a los padres de Stevie por daños y perjuicios. ¿Acaso no habían sido ellos los que habían desatendido la atención sobre un niño tan pequeño? ¿No debían haberle advertido de los peligros del tráfico?

El resultado fue que los demandados –cuyo hijo seguía en la UCI en coma, y ya les habían informado de que jamás volvería a andar en el improbable caso que despertara- hicieron público el emplazamiento judicial, y la opinión americana se cebó con él.

Artículos periodísticos le demonizaron por su corazón insensible, las gentes lo señalaban por la calle y escupían a su paso. Incluso perdió su empleo de forma arbitraria y el sindicato se lavó las manos en su caso.

Había logrado encontrar otro trabajo, más precario aún, lo que imposibilitaba el arreglo de su auto y todos los días sumaba seis horas a su traslado y regreso de la oficina. Y consideraba que él era la víctima inocente.

-Mire, ese asunto me tiene ya bastante cansado. Si es por eso por lo que se han fijado en mi, lamento decirle que no voy a cumplir sus expectativas en lo que se refiere a maldad. Siempre procuro hacer ventas honestas, que el cliente quede satisfecho...

-Amigo mío –afirmo cordialmente mientras le tomaba la muñeca con una mano-, no olvide que ha firmado un contrato –sus labios se abrieron en una sonrisa y pudo ver unos dientes amarillos y sucios por un sarro mohoso, que probablemente había crecido a través de décadas. No lo comprendía, creía haber visto que sus dientes eran blancos y perfectos hacía sólo un minuto. Aquello le inquietó y le acercó el fajo de billetes.

-Excúseme, lo he pensado mejor y creo que debo renunciar. Tome su dinero y contrate al siguiente de la lista.

Pero entonces sintió cómo le apretaba con la mano su muñeca y las oscuras pupilas crecían hasta ocupar todo el globo ocular. Dio un respingo y se levanto sobresalto, deshaciéndose de la presa a la que le sometía, y ahorrando el fajo a los pies de Bones.

-No voy a trabajar con ustedes, ni ahora ni nunca.

Pero él se levanto con calma, se ajustó la chaqueta y lo miró con cordialidad.

-Haga lo que quiera con el dinero. Es suyo –y dicho esto se dirigió hacia la salida.

-¡Espere! Hablo en serio –el tipo ya se iba, cerrando la puerta tras de sí-. No voy a trabajaren su empresa, sea la que sea.

Bones asomó la cabeza un instante y lo contempló fijamente.

-Esperamos grandes cosas de usted –sentenció antes de cerrar.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

